

# ***La Actitud del Hombre Científico Frente al Problema Religioso***

**La oposición entre la Ciencia y la Fe, es una fase superada.**

*Es un hecho el actual alejamiento de las prácticas religiosas por parte de los hombres de ciencia. Los avances de la técnica y el desarrollo de nuevos inventos han conducido al hombre científico a la conclusión de que puede pasarse sin Dios en sus elucubraciones. Son ya muchos los estudios que sobre este problema se han realizado por parte de la Iglesia Católica, obedeciendo a la consigna dada en el pasado Concilio Vaticano II. Concretamente, hemos de recordar el encargo dado por Paulo VI a los Jesuitas a este respecto.*

*El presente artículo trata de investigar las causas de este fenómeno. Su autor el P. Pedro Ferrer Pi, s. j. es una de las personas mejor preparadas para esta clase de investigaciones, por juntar a su formación teológica su experiencia científica como Director del "Instituto Químico de Sarriá".*

Los problemas apologeticos, o, si se prefiere, de Teología Fundamental, que hace unos años se formulaban de una manera un tanto abstracta, están adquiriendo cada día un carácter menos especulativo, quizás en parte por su enfoque más pastoral, lo que origina que en su exposición y planteamiento se hagan mucho más existenciales y concretos. Un ejemplo de esto lo tenemos en el tema referente a las relaciones entre la Ciencia y la Fe, tema de los más interesantes de nuestros días, que no puede menos de apasionar a todo científico católico, y que nos atreveríamos a plantear así:

¿Este hombre de carne y espíritu como los demás, este hombre científico o en muchos casos científico-técnico, este hombre que va emergiendo más y más en nuestra sociedad científica tecnificada, va a ser inevitablemente un hombre arreligioso? ¿Existen dificultades intrínsecas para que este hombre científico asimile la idea religiosa, y, sobre todo, para que la viva? ¿Es posible integrar ambas cualidades, el ser científico y el ser religioso, de suerte que sin ninguna dicotomía, el mismo hombre, todo el hombre, sea profundamente científico y profundamente religioso?

Si afirmamos su mayor y aun excepcional importancia en nuestros días, es porque creemos que la situación ha variado un tanto en los últimos treinta o cuarenta años. Antes pudo plantearse a la Iglesia el problema de la oposición entre la Ciencia y la Fe, los datos de la Ciencia y los datos de la Fe. Nos parece que esta fase está ya decididamente superada. La interpretación moderna de la Sagrada Escritura, la correcta exposición de la doctrina de lo sobrenatural, el afinamiento de la idea de Dios, etc., han ido disipando la supuesta oposición entre Fe y Ciencia. Pero, aunque ello sea cierto en el plano especulativo, tal vez no lo sea tanto en el plano psicológico. Y como la Fe no es una adhesión meramente intelectual, sino personal, de TODO el hombre, si en la práctica hay incompatibilidad en la actitud mental, en la mentalidad del hombre científico y del hombre religioso, poco conseguiremos con esgrimir argumentos contra una supuesta incompatibilidad entre Ciencia y Fe.

Se trata, pues, de una cuestión importante en nuestros días, y añadiríamos que quizás sea más importante aún en nuestro propio país. Hemos entrado, se dice, en una era de la Técnica. Yo no sé si calibramos bien lo que esto significa, las consecuencias prácticas que esto trae.

Permítasenos aducir el ejemplo de España, aunque el fenómeno es de amplitud universal.

Según las estadísticas últimas (Enero 1969), la variación de la estructura de la población universitaria en España ha sido enorme en los últimos 40 años.

Así, por ejemplo, en 1928 había 18.798 estudiantes de Derecho. En Enero de 1969 habían bajado a 16.200. En cambio, en Ciencias en los mismos años han pasado de 2.614 a 25.400 (casi diez veces más); en Ingenieros Industriales de 1.281 a 13.300 (más de diez veces más); en Ingenieros Agrónomos se ha pasado de 131 en 1928 a 3.200 en 1969 (veinticuatro veces más).

El total de estudiantes de Enseñanzas Técnicas Superiores ha pasado en 40 años de 4.137 a 38.090, lo que supone que, mientras no hace mucho tiempo los estudiantes de mentalidad científica (excluidos los médicos) suponían a lo más la décima parte de la población universitaria española, hoy suponen cerca de sus tres cuartas partes (tres estudiantes de mentalidad científica por cada cuatro). En efecto: en Enero de 1969, sobre un total de 152.957 estudiantes (incluidos los de las llamadas Escuelas Especiales o Técnicas Superiores y los de Facultades Universitarias) los de mentalidad científica eran 82.090 (un 70% del total de estudiantes universitarios).

Por consiguiente, de aquí a diez años, la población graduada de España será de estructura totalmente diferente de la actual: será gente de más rigor científico, que hablará un lenguaje mucho más matemático, que quizás será más seria, quizás también, y por desgracia, menos humanista. En todo caso, lo cierto es que el mensaje cristiano no podrá predicárseles igual. Con razón, pues, hoy "podemos hablar de una auténtica transformación social y cultural, que influye también en su vida religiosa".<sup>1</sup>

Por todo esto, nos ha parecido importante estudiar en primera aproximación al hombre científico y al hombre religioso, y ver las dificultades, no teóricas, sino más bien psicológicas, que el hombre científico experimenta para sentir hondamente la vivencia religiosa.

Para abordar este tema, de una manera un tanto concreta, podríamos hacerlo partiendo del hombre científico o partiendo del hombre religioso. Por razones que luego expondremos, lo haremos partiendo del hombre científico, cuya actitud mental intentaremos analizar, con el afán de comprenderlo mejor. En una segunda parte más breve diremos algo sobre los métodos que conviene emplear para conseguir resolver las tensiones entre el hombre religioso y el hombre científico.<sup>2</sup>

1.—Conc. Vat. II. Const. Past. "Gaudium et Spes" nº 4. BAC. pág. 252, Madrid (1965).

2.—Queríamos notar que, sin negar el carácter científico a otras disciplinas, dotadas de un mayor o menor bagaje positivo, cuando hablamos del hombre científico nos referimos al que cultiva las Ciencias de la Naturaleza en un grado mayor o menor de abstracción y de aplicabilidad, y por tanto desde las Matemáticas, hasta la Ingeniería, pasando por las Ciencias Físicoquímicas, las Biológicas, las Geológicas. Sólo de rechazo tocaremos, con todo, el problema de la mentalidad técnica, en cuanto ésta supone cierto espíritu científico y en cuanto que cada día se hace más difícil en un nivel superior, distinguir entre Ciencia Básica y Ciencia Aplicada.

## I. EL HOMBRE CIENTIFICO.

### Sus características.

#### 1.—Positivista.

A. — La primera característica, quizás la más notable, del hombre científico de nuestro tiempo, es su marcado positivismo. Quizás no sea un positivismo integral, tampoco en todos es un positivismo filosófico o especulativo, pero es general en él cierto grado de positivismo práctico. Es decir: no es que niegue necesariamente otras realidades no experimentales, no observables, pero de tanto operar con realidades físicas medibles, y a fuerza de no conceder realidad física sino a lo medible, o al menos observable, extrapola y llega a negar toda realidad a lo que no puede medir, observar. Así como Descartes decía: "pienso, luego existo", el hombre científico viene a razonar así: "no lo puedo medir, ni observar, luego no existe". Es verdad que para el filósofo es una consecuencia ilógica, pero es una consecuencia que el científico "tiende" a hacerse continuamente. Y aun quizás no sea tan ilógica como pueda parecer a primera vista. Porque el científico suele hablar en el terreno fenoménico, no pretende llegar a la realidad óntica del ser. Además, su método propio, el método científico, inductivo, no le permite llegar a las últimas causas, las cuales quizás no las niegue explícitamente, pero de las cuales simplemente prescinde. Nos lo dice el Concilio Vaticano II:

"El progreso moderno de las ciencias y de la técnica, que debido a su método no pueden penetrar en las últimas causas de las cosas, puede fomentar cierto fenomenismo y agnosticismo, cuando el método de investigación usado por estas disciplinas se tiene sin razón como suprema regla para hallar toda la verdad".<sup>3</sup>

Un ejemplo de lo anterior lo tenemos dentro del dominio de la Física teórica; cuando en nombre del principio de indeterminación de Heisenberg se niega el principio de causalidad, en el fondo se comete un doble error,

o mejor una doble confusión: se confunde el principio de causalidad físico ("las mismas causas producen siempre los mismos efectos"), con el metafísico ("no hay efecto sin causa"), y a la par se extrapola ilegítimamente del hecho de que yo no puedo determinar el electrón, al hecho de que el electrón no ocupa posición alguna. Este lenguaje aparece constantemente en los físicos modernos, si bien éstos hablan casi siempre no en sentido óntico, sino formal, en el mismo sentido formal que preside todo el desarrollo de la Física del átomo, y que ha llevado a reducir el electrón a una nube de ondas, y éstas a su vez, según muchos, a ondas de probabilidad, con lo que se ha resuelto para muchos el dualismo onda corpúsculo.

Pero, nótese bien: lo que el físico quiere decir, es que **para él** el electrón son ondas de probabilidad, es decir, que su realidad fenoménica, la que él mide, calcula, observa, (en este caso, calcula), viene explicable, en términos físicos, por ondas de probabilidad. Y, si urgiéndole más, le hiciésemos hablar como filósofo, a lo sumo llegaría a decirnos que se comporta **como si** fuese o consistiese en ondas de probabilidad. Y es que al físico no le interesa la realidad, mas que desde el punto de vista cuantitativo, mientras que al filósofo sólo le interesa lo cualitativo. Como nos dice De Broglie, en su obra "Física y Microfísica", la Física "no ha conseguido salir del estado cualitativo hasta alcanzar el de Ciencia cuantitativa exacta mas que apoyándose constantemente sobre la medida, es decir: buscando siempre el caracterizar los aspectos de la realidad con ayuda de números".<sup>4</sup>

#### Creciente importancia de lo formal.

No vayamos a creer que este sentido formal, matematizable, (podríamos decir), con que el físico y el químico, e incluso el biólogo, expresan la realidad, es algo pasajero. Al contrario, hoy estamos asistiendo a una cre-

3.—"Gaudium et Spes" nº 57.

4.—Jean Laloup. "Anthologie de littérature scientifique", Casterman (1960).

ciente importancia de las Matemáticas, a una creciente importancia de lo formal. Ello se debe a que las Matemáticas han invadido no sólo la Ciencia teórica, sino también la Ciencia aplicada. No hay mas que ver el empleo creciente de las modernas calculadoras electrónicas, cuyo éxito no se debe sólo a que saben hacer bien las cuatro operaciones fundamentales, sino a que saben responder a preguntas que se les hacen, a que son capaces de tomar, como se dice, "decisiones lógicas". Bien es verdad que para ello es preciso saber "preguntar" a la máquina, es preciso hablar el lenguaje de la máquina, entender su lenguaje matemático.

Las Matemáticas, pues, penetran más y más la realidad y penetran más y más en nuestro lenguaje. Si antes, en la conversación ordinaria, a lo más se hablaba de índices, de exponentes, hoy hablamos en nuestro lenguaje más corriente de coordenadas, de constantes, de binomios, etc. No sin razón y con cierta agudeza de espíritu, decía el P. Dubarle, en unos coloquios sobre Ciencia y Humanismo, que "desearía desarrollar el pensamiento teológico con bastante sutileza, para que los Teólogos fuesen obligados a aprender el Algebra Abstracta".<sup>5</sup>

### La actitud de Teilhard de Chardin.

Quizás pueda ser ilustrativo, a este propósito, el ver cómo refleja en sus escritos este espíritu fenoménico, un hombre que, por voz autorizada en la Iglesia, se ha dicho que era "uno de los grandes maestros del pensamiento contemporáneo", un hombre que, por su formación como Sacerdote y como Científico, está causando un impacto espiritual a los hombres de ciencia de hoy. Me refiero a Pierre Teilhard de Chardin, S. J., tan incomprendido muchas veces por no haber caído en la cuenta sus detractores de que muchas veces se expresa en un plano meramente fenoménico. Así, por ejemplo, en su obra científico-apologética de más valor, titulada: "El Fenómeno Humano", nos dice:

"Sólo el fenómeno, pero también todo el fenómeno".

"Nos encontramos enfrente de un problema de la naturaleza: descubrir si existe el

sentido de la evolución. Se trata de resolverlo sin abandonar el dominio de los hechos científicos". Por esto, en otro lugar afirma que no pretende hacer una "metafísica abstracta" sino una "ultrafísica". Por esta tendencia suya a lo material, viene a ser, como él mismo dice: "un filisteo para los filósofos de profesión".

Y en una obra posterior, (1946), nos dice:

"En el curso de estos últimos años, he procurado en una larga serie de ensayos no filosofar sobre lo absoluto, sino deducir, como naturalista o como físico, el sentido general de los acontecimientos en los cuales estamos tangiblemente mezclados".<sup>6</sup>

Me he permitido hacer estas citas porque creo que, después de ellas, la conclusión es obvia: Si en Teilhard su vocación de sabio, su vocación —como él dice— a lo real, enmascaró en más de una ocasión o dificultó sus afirmaciones en el plano óntico, no es de extrañar que en los científicos modernos, apasionados como él por la materia, toda realidad se agote prácticamente en lo material, y que, huyendo de todo lo que no sea una vía fenomenológica, sean impermeables a todo lo que les parezca metafísica.

### 2.—Utilitarista.

B). — Y pasemos ya a una segunda característica —o como diríamos en lenguaje más matemático— una segunda constante de ese hombre científico, que le distingue sobremedida del de otras edades: es tremendamente utilitarista.

**El hombre antiguo y el hombre del medioevo buscaban las últimas causas**, eran sobre todo contemplativos; el hombre de hoy es el hombre de la acción. No es que no busque las causas, pero las busca en su terreno, en el terreno físico (no en el ontológico) y las busca en este terreno influido, al menos parcialmente, por la utilidad, más o menos inmediata que ello le reporta, por la eficiencia de su acción. No en vano anunció Marx que había cesado la era de la contemplación y entrábamos en la de la acción.

5.—"Liberté d'Enseignement", n. 228, Mars. 1 (1962) Paris.

6.—Cit. por Emile Rideau, en "La pensée du Père Teilhard de Chardin", pág. 88-89. Eds. du Seuil, Paris (1955).



Antes de abordar este punto, quisiera hacer una pequeña reflexión. En nuestro lenguaje ordinario hablamos a veces indistintamente de las últimas causas y de las causas inmediatas o próximas, y para preguntar sobre ellas utilizamos siempre la misma palabra: el clásico "porque". En realidad deberíamos distinguir más netamente unas causas de otras. Es verdad que sólo llegando a las últimas causas, sólo dando respuesta al último "por qué" puede satisfacerse plenamente el espíritu inquisitivo del hombre, pero no es menos cierto que, para hacerlo, ha de salirse ya del orden físico. Y este salirse del orden físico, de la materia, es difícil al hombre tan sensible a la materia, tan apegado a la Tierra.

Es difícil, decimos, pero además le reporta menos utilidad inmediata. El hombre científico prefiere gastar sus energías espirituales, (si vale la palabra), en investigar en el "por qué" de las causas físicas o fenoménicas, pues éstas le reportan más utilidad, más eficiencia para la acción, para la aplicación a lo concreto, a lo práctico.

Porque es curioso, y al mismo tiempo interesante, constatar que **el utilitarismo** de que hablábamos, relacionado íntimamente con el sentido de la eficiencia, **invade** no sólo —como creará alguno— el campo de las Ciencias aplicadas, que por naturaleza son utilitaristas, sino que se extiende a **la misma Ciencia fundamental o básica, cuya frontera con la aplicada se va haciendo cada vez más difusa.**<sup>7</sup>

**Veamos un ejemplo en las mismas teorías del átomo y la trayectoria seguida desde el principio de Indeterminación de Heisenberg,** al cual ya antes nos hemos referido.

Según dicho principio, el físico debería escoger o entre unas teorías que le diesen una mayor precisión en la posición de los electrones, lo cual le daría además una imagen más coherente con los postulados de la filosofía y del mismo sentido común u otras que le diesen una imagen más nebulosa del electrón, o por mejor decir, la ausencia total de toda imagen. Pues bien, los físicos han

7.—Querriamos hacer notar, con todo, que esta imprecisión creciente entre los dominios de la Ciencia básica y aplicada en su mayor parte (por no decir totalmente) no se debe a que el utilitarismo haya invadido la Ciencia fundamental, sino a que cada vez los resultados positivos de las investigaciones en Ciencia básica se hacen aplicables en un plazo más corto.

seguido el segundo camino, que les ha llevado a descripciones del átomo menos asequibles a nuestras imágenes familiares del mundo físico, y han llegado a un "modelo" mucho más irreal, más abstracto, más matemático (pensemos en la nube de probabilidad). Con esta concepción no sabemos en dónde está el electrón ni lo que es, pero tenemos la ventaja de que es una concepción más útil, pues nos permite calcular mejor las energías de enlace, las líneas del espectro, interpretar mecanismos de reacciones, etc.

Es decir, en cierta manera, el físico renuncia en este caso a penetrar más en la realidad postulada por la Filosofía y prefiere modelos más coherentes con ese mundo matemático, que le da más posibilidades de calcular, medir, en otras palabras, que le son más útiles. El sentido utilitarista del mundo moderno ha contagiado, pues, al mismo cultivador de la Ciencia básica, de carácter más especulativo.

### 3.—Apasionado por el mundo.

C. — Y pasemos ya a una tercera dimensión del hombre científico, que ha sido en gran parte la clave de sus éxitos. Es un hombre enormemente apasionado por el mundo, por las conquistas de la Ciencia.

Todos nosotros experimentamos algo del duelo de la bestia y del ángel, todos sentimos que somos al mismo tiempo hijos de la Tierra e hijos de algo que trasciende la Tierra. Pero el científico apasionado por el mundo, por descubrir sus secretos, no siente la necesidad ni la inclinación de buscar lo trascendente, necesidad e inclinación que antaño el hombre experimentaba más fácilmente, por cuanto sentía más en su carne sus limitaciones, su impotencia.

Todavía diremos más: al científico le parece en cierta manera que es una **ingratitud a su vocación humana** el volverse hacia una ayuda ultraterrena, máxime al ver los fulgurantes éxitos conseguidos, las potencialidades enormes encerradas en la materia, en el seno de la Tierra, en el mismo Universo.<sup>8</sup> De ahí que vuelque todas sus energías materiales y sí-

8.—Nótese que cuando usamos la palabra "materia" nos referimos lo mismo a la materia física, con la que el físico experimenta, que a la energía que "brota", por decirlo así, de la materia.

quicas en el conocimiento y profundización de la materia, y que no le queden para Dios ni tiempo ni energías.

Pero todavía cabe el ir más lejos: a este hombre científico apasionado por la Tierra, no sólo le parece una ingratitud a su vocación el volverse a un Ser trascendente no sólo no quiere distraer sus energías en ello, sino que además, como que cada día puede más, porque sabe más, tiene una **confianza ciega en la tierra**, y en que será él mismo quien solucionará sus propios problemas. En otras palabras, **no siente la más mínima necesidad de un Dios que se los solución**, de una Providencia, que le parece que está en contradicción con la existencia del mal físico. Y si un día se fuesen agotando las reservas de energía, el hombre científico está convencido de que encontrará otras; si un día no dispusiese del hierro de la superficie, el hombre está seguro de que encontraría algo que lo supliese, y si es necesario extraería el hierro de la siderosfera a pesar de que está a una profundidad de tres mil metros...

Esta fe apasionada en el mundo y en la Ciencia, existía ya hace más de medio siglo, pero ahora, con las recientes conquistas, se ha acrecentado. No parece fuera de lugar recordar aquí un texto que escribía Teilhard de Chardin hace algo más de cuarenta años:

“En torno a nosotros las Ciencias de lo Real dilatan desmesuradamente los abismos del tiempo y del espacio, y descubren nuevas ligazones entre los elementos del Universo”.

“Hay quienes se asustan de la emoción o de la atracción que produce sobre ellos el astro nuevo que surge. El mundo... no hará que nuestra Religión estalle? No eclipsará a nuestro Dios?”<sup>9</sup>

“Con la Ciencia y la Técnica, —dice el Vaticano II—, se consigue que muchos de los bienes que en otro tiempo el hombre esperaba principalmente de las fuerzas superiores, hoy se los procure ya con su propio trabajo”.<sup>10</sup>

Parece, pues, como si la Ciencia y la Técnica eclipsaran, desplazaran a Dios, a quien

habíamos colocado demasiado al servicio del hombre y casi sin otra misión que la subsidiaria de suplir lo que con nuestros medios no podíamos conseguir.

Parece importante recalcar aquí que la actitud o estado de ánimo que hemos descrito, no es la de unos pocos excéntricos, locamente enamorados por la Ciencia, por la Técnica, por la Investigación; más bien nuestra experiencia en este campo nos hace creer que son muchísimos. Quizás bastantes, por efecto de un ambiente religioso o no se lo formulan claramente, o no llegan a explicitarlo a los demás, pero ello no quita el que vivan bajo esta tensión interior y absortos por su entusiasmo y por su fe ilimitada en la Ciencia positiva, que les dificulta, les resta energías en la práctica para la vivencia religiosa, para el vuelo hacia Dios trascendente.

#### 4.—Abierto, frente a una religión estática.

E.— Y vengamos ahora a otra característica del hombre científico, la cual quizás sea más difícil de precisar que las anteriores. Tal vez la podríamos definir, diciendo que el hombre científico es o se cree ser un hombre “abierto” en su más pleno sentido, sin limitaciones.

Es decir: para el científico, la Religión, y más especialmente el Cristianismo y más aún el Catolicismo, cierra horizontes al Investigador con sus dogmas fijos, con sus posiciones cerradas, con su concepto más bien fijista, estático, del mundo y de la sociedad. Pero la Ciencia, la Investigación, son un continuo abrir nuevos caminos y mostrar nuevos horizontes. De ahí que el hombre científico esté de alguna manera bajo la impresión de que la fe le coartaría, le limitaría, sus posibilidades. El caso Galileo, seguido de otros casos menos aparatosos (el propio Santo Tomás no fue una excepción durante su vida), han hecho mella en el hombre de Ciencia moderno. Y le parece que la Fe no sólo suprime la emoción del que va descubriendo con su propio esfuerzo, sino que además, al actuar como norma negativa, cierra caminos, merma la libertad del Investigador. Con razón nos dice el Concilio Vaticano II que “muchos parecen temer de esta vinculación un tanto estrecha entre la actividad humana y la Religión un obstáculo a la autonomía... de las ciencias”.<sup>11</sup>

9.—“El Medio Divino”, págs. 29 y 30. Eds. Taurus. Madrid, 1965.

10.—“Gaudium et Spes”, nº 33.

11.—I. c. nº 36.

Esta mentalidad del hombre científico (que de una manera más o menos explícita anida en su subconsciente), aparece reflejada en el Informe Ilitchev sobre el ateísmo científico, redactado en el año 1964:

“La religión —se dice— representa la imagen fantástica, desnaturalizada del mundo, paraliza el espíritu del hombre por medio de los dogmas religiosos, ahoga el pensamiento creador”.<sup>12</sup>

En la idea del científico arreligioso de nuestro tiempo, hoy estamos en una etapa más avanzada, mientras que el hombre religioso pertenece casi a una etapa de precivilización. La Religión es algo ancestral; ha sido un mero fenómeno histórico que ya está totalmente superado. A lo más cabrá decir que las religiones han sido beneficiosas, a lo más cabrá reconocer que las más modernas, el cristianismo entre ellas, nos han liberado de la excesiva tendencia del hombre a reaccionar contra el dolor, desamparo, miseria, trascendentizándolo todo. Pero, así como la religión monoteísta más pura, y sobre todo la religión cristiana, nos liberó de la idolatría, es hora de dar el último paso, hacia un humanismo liberador de todo trascendentalismo gratuito y opresor.

Tal manera de razonar viene a ser un reflejo de lo que ya hacia los años 1920-1930 afirmaba Augusto Comte con su “Ley de los tres Estadios”. Superado el estadio religioso, en el cual se acudía al mito, a la oración y al rito, y reemplazado por el estadio metafísico, (en el cual se sistematiza esta explicación de lo trascendente), hora es de dar el paso al estadio positivo, el de la Ciencia y de la Técnica, que al dar explicación científica a los fenómenos, hacen innecesaria, artificial, la existencia de un Dios.

12.—Informations Catholiques Internationales, 1 Mars (1964) Paris. Véase también “ECA”, Agosto, 1964, “El Plan Ilitchev”.

Algo parecido nos dice en forma brillante Aldous Huxley, en su obra “Le plus sot animal”. Según él, Galileo fue el iniciador del estudio científico, y así:

“Al despojar los objetos de la parte que desempeñaban en la vida espiritual del hombre, y no dejándoles más que los caracteres susceptibles de ser medidos, y una vez medidos, escritos en términos matemáticos, los físicos han hecho posibles los desarrollos fabulosos de la ciencia moderna. Un mundo... subjetivizado, con el cual el observador se encuentra en estado de “participación mística”, es refractario al tratamiento científico... Galileo ha inventado un mundo de objetos independientes, privados de todas las cualidades, menos de la de ser mensurables”.<sup>13</sup>

El mismo Informe Ilitchev afirma categóricamente: “El marxismo ha demostrado que la religión es un fenómeno histórico: hubo una época en la cual la religión no existía, y vendrá una época en la que desaparecerá”.

Esta es, pues, la idea que, queramos o no, está en el subconsciente de no pocos científicos, y que, nos atreveríamos a afirmar, existe en un grado mayor o menor, (muchas veces en estado incipiente), en quienes de una manera u otra cultivan las ciencias positivas o se inician en ellas, idea que más de una vez crea ciertas dificultades a su fe religiosa, y al menos origina cierta tensión, cierto dualismo.

#### 5.—Con complejos de superhombre.

F. — Finalmente, para terminar este somero estudio analítico del hombre científico, sumamente incompleto, como veremos luego, digamos de él que tiene un complejo de superhombre. El hombre científico, en un grado

13.—Cit. por J. Laloup, l. c. pág. 34.

## LIBRERIA CULTURA CATOLICA

### OFRECE ESTAS NOVEDADES

Biblia de Jerusalén (¢ 24.75) — Sagrada Biblia del Apostolado de la Prensa (¢ 6.00)  
“Y la Biblia tenía razón”, Keller (¢ 17.50) — “La Biblia, palabra de Dios”, Pierre Grelot. — “Introducción a la Biblia”, Robert y Feuillet.

2a. Avenida Sur y Calle Delgado.

Tel. 21-47-18. SAN SALVADOR.

mayor o menor, se cree autosuficiente en un sentido más pleno y etimológico. Es autárquico, se puede pasar sin Dios, al que han desplazado la Ciencia y la Técnica. Muchos milagros, considerados en otro tiempo como tales, son muy realizables hoy gracias a la Ciencia; esta ha demostrado ser capaz de realizar obras que hace pocos siglos hubieran sido atribuidas a un poder divino. Y muchos males que en otro tiempo no se podían remediar por el hombre, (de ahí su recurso a la magia o la oración) son hoy remediados por los recursos de la Técnica; cada vez es, pues, menos necesaria, —según él—, esa imagen alienante de Dios, imagen que deprime al hombre, que le quita confianza en sí mismo. ¿Y no parece artificial, gratuito, irrazonable, poner un Dios que no nos es necesario?

Como se ve, para esta concepción que flota en los ambientes científicos, (cuando no es aceptada ciegamente como un dogma), Dios estaba antaño en todo lo incognoscible del hombre; era el clásico **Deus ex machina**, producto de nuestra imaginación, creado como para encubrir nuestra impotencia o debilidad. Según él, por tanto, cada avance en nuestro conocimiento ha equivalido a un “batirse en

retirada” de Dios. Claramente lo afirma el citado Informe Ilitchev:

“Los importantes éxitos conseguidos por el pueblo soviético en el descubrimiento del cosmos, han tenido una gran influencia atea. Los satélites artificiales, los navíos cósmicos, las estaciones interplanetarias... demuestran la objetividad de nuestros conocimientos sobre la naturaleza, así como el hecho de que sus leyes pueden ser conocidas y minan la influencia de la religión”.

Es lo que, de una manera gráfica, expresó el astronauta ruso... que dijo que no había visto a Dios.

Otro párrafo del mismo informe tiene afirmaciones no menos significativas:

“La Química es una de las Ciencias más ateas de nuestro tiempo. Ella crea verdaderamente al mundo de los objetos conforme a la voluntad de los hombres, destruyendo las leyendas religiosas, concernientes a los milagros divinos”.

En este punto, como en los anteriores, podríamos hacer razonamientos abstractos, demostrar que fe y ciencia no se oponen, que muchas veces las premisas de que parte el hombre científico son gratuitas.

## II. EL HOMBRE RELIGIOSO.

Sin embargo, como indicábamos al principio, nos parece que las dificultades son más de tipo psicológico que de tipo intelectual. La frase de Pascal: “El corazón tiene sus razones que la razón no comprende”, tiene aquí su plena vigencia. El problema real, mucho más profundo y en cierta manera más trágico es éste:

Ese hombre científico que, como hemos visto, en mayor o menos grado es positivista, utilitarista, materialista por sentimiento (es decir, apasionado por la tierra), librepensador, o abierto a todo, con claustrofobia ante

los dogmas extracientíficos, progresivo e hipersensible a lo antiguo, en fin, autosuficiente, superhombre, ese hombre tal, ¿puede efectivamente ser hombre religioso, experimentar vivir la vivencia religiosa?

¿Está capacitado para que le haga un impacto la religión?

¿Cómo deberíamos presentársela?

Si quisiéramos dar respuesta plena a estas preguntas, deberíamos, paralelamente a como lo hemos hecho hasta ahora, analizar el hombre religioso, pero el análisis nos llevaría



demasiado lejos. Por esto nos limitaremos a exponer algunos aspectos de la idea religiosa que pueden ser fuente de cierta tensión entre el hombre religioso y el hombre científico, y, finalmente veremos qué aspectos de la Religión pueden ser más permeables al hombre científico y qué métodos pastorales le causan impacto, de suerte que la vivencia religiosa no sólo se armonice, sino que incluso fecunde y fortalezca la vivencia científica.

### 1.—Huye de la materia.

El hombre religioso parece a primera vista que difícilmente sentirá entusiasmo por la Materia, por el Cosmos, pues siente la incompleción, la insuficiencia del mundo. Todo hombre religioso ha debido abordar el problema de las limitaciones y del mal en el mundo, no por pesimismo, sino por realismo histórico, al intentar ser lo que el hombre religioso es: un ser profundo que no se contenta con arañar la superficie de las cosas. Y como fruto de esta tensión entre el Bien y el Mal, entre Dios y el mundo, que en el fondo no es sino la dialéctica lacerante que experimenta todo hombre en su interior entre el bien que quiere y el mal que no quiere, las diversas religiones han insistido más en un aspecto u otro, y aun una misma religión ha recalcado más uno u otro aspecto, según las circunstancias históricas. Así el Budismo y el Hinduísmo han recalcado más el aspecto de huida del mundo, y así ha hecho el mismo Cristianismo en otros tiempos más que ahora. De ahí cierta tensión, cierta dificultad en conciliar lo religioso con un entusiasmo por la materia.

### 2.—Ha de aceptar la Revelación...

Lo religioso supone una relación con Dios: en frase de Paulo VI es "una relación directa con Dios vivo",<sup>14</sup> y así el hombre religioso es un ser abierto a sus relaciones con lo trascendente, con este Dios que le ha hablado y que le habla. Y esto supone no sólo hablarle indirectamente por el gran libro de la Naturaleza, (el único libro que el científico quiere usar y escrutar sólo según sus métodos), sino también hablarle mediante la Revelación, lo que implica la aceptación libre de la palabra divina. De ahí la tensión entre ese hombre

científico, que, al no ver que es la misma voz de Dios en la Naturaleza y la voz de Dios en la Revelación, rechaza ésta, por parecerle que se le impone algo desde fuera, ahogándole su libertad, su iniciativa científica, su espíritu creador.

### 3.—...y el misterio.

Lo religioso supone, como esencial, cierto sentido del misterio.<sup>15</sup> Pero el hombre científico, al ir descubriéndolo todo y destruyendo todo lo misterioso, tiende instintivamente a creer que lo científico es lo único objetivo, y por tanto que lo religioso es totalmente subjetivo. De ahí, una vez más la tensión entre el hombre religioso y el hombre científico.

En fin, lo religioso supone en el fondo cierta modestia intelectual, por cuanto supone esencialmente que el hombre depende de un ser trascendente. Y ya se ve que esta dependencia la siente cada día menos el hombre científico, más y más confiado en la ciencia y en sus infinitas posibilidades. De ahí la dificultad de adoptar una actitud religiosa, de espontáneo reconocimiento de dicha dependencia.

Estas son, resumidas, pero expuestas con toda lealtad las dificultades que pueden surgir entre la Religión y Ciencia, integradas en un hombre; en otras palabras, la tensión, la oposición, aparente al menos, entre hombre-científico y hombre-religioso. Sin embargo, con la misma lealtad deberíamos reconocer que no todo son dificultades. Es más, que hay también otros factores que facilitan el que el hombre científico viva una religión, en nuestro caso un cristianismo, comprometido, auténtico.

En efecto: el hombre científico, es un ser que busca sinceramente la verdad; si se logra que comprenda que es gratuito suponer que no existen otros medios que los suyos propios de captar la verdad, y, en segundo paso, que los suyos propios, experimentados, profundizados, exigen lo religioso, tenemos asegurada su adhesión y su compromiso, tanto más si se le hace ver que no hay dualismo entre Dios y el mundo, y que su obra científica puede ser una obra religiosa.

14.—Paulo VI, *Discurso Clausura Conc. Cat. II*, 7-XII-1965. Concilio Vat. II. BAC. pág. 814.

15.—Gómez Caffarena, "Diálogo con el Ateísmo", *Razón y Fe*, Marzo (1966) 244-262.

También nos parece que hay otro dato positivo en favor del acercamiento del hombre-científico y el hombre-religioso, y es que éste último es lo más opuesto a un hombre meramente pasivo, cual pueda ser lo que se ha llamado "el hombre-consumidor-espectador" de nuestros días. Ahora bien, el hombre científico es quien está menos marcado con este sello de pasividad. Tenemos, pues, aquí, otro punto de contacto.

Pero sobre todo, quisiéramos hacer notar que, sin negar cierto dualismo al hombre-religioso y hombre-científico, dualismo, o mejor, tensión que creemos ha quedado patente en cuanto hemos expuesto anteriormente, es posible que un mismo hombre, sin dicotomía alguna, asimile perfectamente la vivencia religiosa y la vivencia científica. Hoy, como hace 350 años, sigue siendo verdad lo que afirmó Bacon de Verulamio: "mucha Ciencia conduce a Dios, poca Ciencia aparta

de El". Lo que ocurre es que las diversas religiones, (también el Cristianismo, aunque en un grado menor), no han sabido apreciar lo humano, no han sabido presentar la imagen de Dios capaz de hablar al hombre científico, y lo que es peor, muchas veces han puesto a Dios en un lugar inadecuado, en lugar del hombre, sin olvidar que Dios es totalmente el Otro. Y así, al haber puesto a Dios en el lugar del hombre, es natural que haya venido la reacción humanista atea, poniendo al hombre en lugar de Dios. Si un día la Iglesia Católica pidió perdón a todos sus hermanos separados, también debería pedirlo hoy a los científicos, por no haberse esforzado en captar la mentalidad científica y no haber sabido avanzar en la elaboración y exposición del dogma al mismo ritmo que los impresionantes avances de la Ciencia. Y de hecho, la Constitución "Gaudium et Spes", viene a ser un *mea culpa* velado de la Iglesia sobre este punto que nos ocupa.

### III. COMO FACILITAR LA INTEGRACION DE LO RELIGIOSO EN LO CIENTIFICO.

#### 1.—Convencer al científico con sus propias armas.

Sin que pretendamos, pues, ahora exponer aquí toda una pastoral sobre el apostolado científico, queríamos, para terminar, insinuar algunos aspectos que pueden facilitar la integración de lo religioso y lo científico en perfecta simbiosis, es decir: vivificándose mutuamente.

En primer lugar, y esta recomendación es negativa, conviene huir de los modos apolo-géticos clásicos de discusión. No son razonamientos abstractos y metafísicos los que el científico necesita. Sus motivos son demasiado vitales para influir en él con esto, que, de un modo despectivo, llama metafísica, cuyo valor, por otra parte, difícilmente capta.

Pero de ahí arrancan varias consecuencias bien positivas. En primer lugar, al científico hay que convencerle con sus propias armas.

Esto tiene una seria dificultad, pues al científico no se le puede conducir a lo religioso por ciencia, sino por signos, por analogía, es decir, su natural pendiente científica no le lleva a conceptos y perspectivas religiosos.

El científico requiere normalmente lo que Morren llama "un elemento de ruptura, determinante de un viraje desde los cuadros habituales en que se mueve su pensamiento y que juegue un papel de choque y de alerta".<sup>16</sup> Tal ruptura la introducen algunos casi insensiblemente llevando al científico al clima y a la idea religiosa, simplemente haciéndole VER. Esto es lo que hace Teilhard de Chardin y en esto radica en gran parte la clave de su éxito apolo-gético. Su método fenomenico, fundado en enseñar al científico a ver, a ver el alma mostrando el fenómeno

16.—"Mundo Moderno y Noción de Dios", pág. 180. Valencia (1965) Conferencia de M. L. Morren. Clima científico y apertura a Dios.

humano, a ver que Ciencia y Religión apuntan en una misma dirección; no hay duda que atrae al científico, aunque quizás a veces no encierre una rigurosa prueba filosófica. "Durante estos últimos años, —nos dice Teilhard en una conferencia titulada "El espíritu nuevo",— he intentado en una larga serie de ensayos no filosofar en lo absoluto, sino poner de relieve, como naturalista o como físico, el sentido general de los acontecimientos, a los que nos hallamos ligados tangiblemente".<sup>17</sup>

Hay que reconocer, con todo, —como decíamos—, que también en este método fenomenológico de Teilhard hay cierto "elemento de ruptura", no es un mero empirismo, no es una mera visión de los hechos lo que nos lleva al Absoluto, sino una obvia reflexión filosófica. Como dice Emile Rideau: "La filosofía de Teilhard es positiva, pero no positivista, ni simplemente descriptiva, pues prolonga la observación de todo lo dado por su interpretación, busca la coherencia total del Universo".<sup>18</sup>

17.—"El Porvenir del Hombre", pág. 103. Eds. Taurus. Madrid (1962).

18.—l. c. pág. 90.

En cierto sentido, en esta línea más positivista, más empírica, y con afirmaciones a veces heterodoxas, a veces un tanto discutibles, ha intentado aproximar Dios al hombre científico el famoso Obispo de Woolwich, Robinson, en su famosa obra "Honest to God", que tiene muchos elementos francamente aprovechables, a pesar de su marcado y peligroso subjetivismo. Su intento ha sido presentar el mensaje cristiano como una "experiencia teológica y cristológica, capaz de ser verificada por el hombre secular, como la única que puede dar cuenta del interrogante encerrado en su propia vida".<sup>19</sup>

## 2.—Hacerle ver la "utilidad" de lo religioso.

Dentro también de la misma tónica de convencer al científico con sus propias armas, hay que procurar hacer ver al científico la "utilidad" (si vale la palabra) de lo religioso. Quizás sea una labor todavía más difícil, aunque se nos ocurren métodos indirectos, y aun, diríamos, no auténticamente utilitarios. Tales serían el mostrar la coherencia de lo real-

19.—A. Alvarez Bolado: "Honest to Robinson". Razón y Fe, Marzo 1966, pág. 302.

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,  
donde se requiere equipo de cocina pesado,  
eficiente, sencillas de operar, durables.**

**Venga a**



**Convéñzase pidiendo una demostración al**

**Teléfono 21-40-04, 21-40-06.**

**Tropical Gas Company, Inc.**

mente religioso, (es decir: convenientemente tamizado, desmitologizado) con lo científico; mostrar que la Religión no deprime, sino que alienta; mostrar a esa "mentalidad moderna, habituada a juzgar todas las cosas bajo el aspecto del valor, es decir, de su utilidad", el gran servicio que la Religión presta al mundo, si se sabe presentar a ésta no sólo al servicio de Dios, sino también al servicio del hombre.<sup>20</sup>

### **3.—Sentir entusiasmo por la ciencia y por el mundo.**

Pero, de una manera especial, si queremos sintonizar con el hombre científico, (y esa sintonía nos parece indispensable, dado que toda pastoral con él ha de ser a base de un contacto personal, no por pastoral de masas), hemos de sentir un entusiasmo contagiador por la Ciencia, por el mundo, por la armonía magnífica del Cosmos. Hemos de sentir con entusiasmo que el Cosmos es esto: belleza. No olvidemos lo que nos decía Raissa Maritain sobre los sabios positivistas de la Sorbona: "Hay entre los grandes sabios y los positivistas una semejanza de dones, en el sentido de que la belleza de las leyes del universo que descubren, les entusiasma más aún que su verdad..."<sup>21</sup>

Y ya antes, el lenguaje profético de Teilhard había dicho: "La fe en Cristo no se mantendrá o propagará de ahora en adelante más que por mediación de la fe en el mundo". Y no una fe fría, sino una fe ardiente, entusiasta, sincera, contagiadora.

Este entusiasmo optimista, fundado en una fe en el mundo, es lo más contrario a una concepción fixista del mundo, es decir, lleva implícita la evolución progresiva del mundo, gracias al esfuerzo del hombre. Sin dicha evolución, nos dice gráficamente Teilhard: "matemos la máquina, cerremos los laboratorios, y busquemos una evasión, a elegir, o entre la pura fruición o el puro nirvana".

Ya se ve, por tanto, que una concepción de la Religión así, compatible con la fe en el mundo, será una concepción de la religión no estática, sino dinámica, no una religión que cierra horizontes, sino que los abre con-

tinuamente, religión con unos dogmas inmutables en su esencia, en su contenido, pero en dinamicidad continua, en cuanto que evolucionan, manifestándose al hombre en cada momento, según su lenguaje. Y aquí es donde, por varios motivos, por un rancio tradicionalismo, por una concepción demasiado fixista del dogma, por haber contemplado demasiado la filosofía cristiana bajo los "modelos" de la cultura helénica, por el influjo demasiado jurídico, por un completo desconocimiento del desarrollo científico-técnico y de la mentalidad científica, y por otros muchos condicionamientos históricos, aquí es donde —repetimos— el Cristianismo, o mejor, los hombres representativos del Cristianismo, han tenido sus fallos. Y así han presentado a los científicos un Cristianismo apriorístico, (o mejor de apariencia apriorística), cerrado en sus dogmas, inmutable, abstracto, intelectualista, un Cristianismo de huída del mundo, en lugar de presentar un Cristiano de superación, de integración, de síntesis.

¡Cuán diferente es el Cristianismo postulado por la formidable dialéctica de la Encarnación, que asume la materia, la transforma, la eleva, que la asocia de alguna manera a la Redención de Cristo, para ser también con El un día de alguna manera glorificada!<sup>22</sup>

### **4.—Advertir al científico que el progreso mecánico no lleva necesariamente al progreso humano.**

Pero este entusiasmo por el mundo y el progreso, esta fe en el mundo, no ha de ser algo ciego, ilógico. Si el mundo no parece por falta de fuerzas físicas, ¿a qué se debe? ¿A que encierra en sí toda suerte infinita de posibilidad? Y sobre todo, ¿Podrá decirse con

22.—Dice el Conc. Vat. II en la Const. Pastoral *Gaudium et Spes*, n. 39:

"La espera de la nueva tierra no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente este progreso temporal y crecimiento del Reino de Dios, sin embargo el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran manera al Reino de Dios. Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra... volveremos a encontrarlos limpios".

20.—Ideas de Paulo VI, Discurso Clausura Vat. II. 7-XII-1965 (I. c.)

21.—Jean Laloup. (I. c.) pág. 145.



la misma seguridad que al mundo no le faltarán fuerzas síquicas y más aún morales? El mismo Teilhard, a quien nadie negará derroches de optimismo, decía en plena madurez:

“Mirad alrededor vuestro el número cada vez mayor de los que lloran secretamente de aburrimiento y de los que se matan para escapar a la vida... Está próximo el día en que la Humanidad se apercebirá de que, en virtud de su misma posición en una Evolución cósmica, se encuentra biológicamente colocada entre el suicidio y la adoración”.<sup>23</sup>

Y éste sí que, a nuestro juicio, es uno de los puntos más vulnerables para la autosuficiencia del hombre científico. Debemos mostrar que el progreso mecánico no lleva inexorablemente al progreso humano. Decía Carrel todavía no ha muchos años:

“La crisis presente de la humanidad es sobre todo una crisis del hombre. El ritmo de desarrollo de la civilización mecánica parece haber sobrepasado el proceso natural de adaptación humana. El problema consiste en encontrar el ajuste apropiado del hombre a su nuevo medio...”.

Y esto no puede lograrse —como nos dice el mismo Carrel— por sólo el desarrollo científico técnico. No puede lograrse sin “la fe, resuelta a cultivar las virtudes morales del valor, del sufrimiento, de la fuerza moral, a arrastrar los espíritus capaces de esfuerzos creadores...”.

Mucho pueden y deben hacer las Ciencias Humano-Sociales para demostrar al hombre científico las insuficiencias de la Ciencia y de la Técnica, las cuales jamás llegarán a suprimir los males morales. Ni siquiera lo lograrán la Ciencia y la Técnica aplicadas a la Economía, a la Política, a la Sociología.

Es verdad que en este campo le esperan grandes éxitos, que los estudios estadísticos, el empleo de las matemáticas, de las más modernas calculadoras para estudiar los métodos de selección biológica, el desarrollo de la moderna sicología, etc., pueden llevar a una sociedad perfectamente planificada, igualitaria, en la que hayan desaparecido todas las desigualdades sociales y raciales; sin embar-

go, forzoso es confesar que la realidad actual no nos permite ser tan optimistas como querríamos. La irritante desigualdad entre países ricos y pobres está creciendo de una manera alarmante, y la Ciencia y la Técnica hasta ahora no hacen sino aumentar esta desigualdad, y fomentar el desequilibrio, la tensión.<sup>24</sup>

Y sobre todo, ahí está ese supremo enigma, que es la muerte, que jamás llegará a suprimir, a resolver el hombre científico, prueba de que éste no es plenamente autárquico, autosuficiente.

## **5.—Mostrarle a los hombres que han sabido juntar Religión y Ciencia.**

Pero sobre todo, y con esto querríamos terminar, nos parece que la mejor pastoral con el hombre científico, la mejor manera de demostrarle que un hombre científico y hombre-religioso no se oponen, es con ejemplos vivientes, de hombres que sepan ser seriamente científicos y profundamente religiosos.

Estas páginas que hoy hemos escrito, hubieran sido innecesarias si, —como dice el Prof. Dou,— en la Iglesia, entre los hombres representativos de la Iglesia, hubiese habido diez premios Nobel.

Como dice Germain: “el contenido de una vida científica favorece en el creyente una entrada a ciertos datos auténticos del mensaje cristiano”.

Quizás todo se resolvería, a fin de cuentas, en mostrar de una manera viva a este hombre científico tan amigo de experimentar, que la religión mas que un farrago de dogmas, es una experiencia, la más sublime e interesante experiencia, a la par que la más sublime y fascinante aventura. Experiencia que a la acción de la gracia une la profundización propia del científico, descubren en su interior y en los procesos del mundo, “cielos nuevos y tierra nueva”.

Este artículo fue publicado por primera vez en la revista “Razón y Fe”, a fines de 1967. En vista del interés que despertó entre sus lectores, lo reproducimos hoy en nuestras páginas, después de ponerlo al día con los últimos datos estadísticos. Los subtítulos en negrita son nuestros.

24.—La Encíclica “*Populorum Progressio*”, de Pablo VI, ha sido la más reciente y autorizada denuncia de tan triste situación.

23.—“*Comment je crois*”, inédit.-1934. Cit. por E. Rideau l. c. pág. 85.